

La obra se estructura en dos grandes partes, una dedicada a la figura y a la obra de Pablo (pp. 15-101), y otra a la recepción (pp. 103-252). La primera consta de cuatro contribuciones. En «La *periautologia* en la segunda a los Corintios» (pp. 17-39), C. Bazzi analiza uno de los recursos retóricos paulinos más llamativos: el hablar bien de sí mismo. El artículo se divide en tres epígrafes: por qué, cómo, qué dice. El autor concluye que 2 Corintios es una carta de gran riqueza antropológica, en la que se dan cita complejidad e intensidad, y que está focalizada tanto en el *ethos* de las personas como en el *logos* de los argumentos. El segundo artículo, de M. Rastoin, titulado «Pablo de Tarso. ¿Qué cultura? ¿Cuántas culturas?» (pp. 41-50), hace algunas consideraciones en torno a Pablo como hombre de una cultura unificada. En «Pablo el misionario» (pp. 51-74), G. Colzani estudia diversos aspectos de la evangelización llevada a cabo por Pablo, fundamentalmente el contenido de su evangelio. Gieniusz, por último, en «Pablo y la justificación por la fe» (pp. 75-101), hace una larga reseña de propuestas hechas, en los últimos decenios, en torno al tema de la justificación por la fe. Él concluye que lo que Pablo afirma es que Cristo es factor necesario y suficiente para la salvación de todo creyente, y que lo que el Apóstol encuentra erróneo en el judaísmo es su hermetismo hacia el cristianismo.

La segunda parte consta de cinco contribuciones. En la primera (pp. 105-186),

que ocupa prácticamente un tercio del libro, G. Rizzi analiza la recepción de la figura y el pensamiento de Pablo en la tradición rabínica y en la literatura cristiana apócrifa. Él pone de relieve cómo ya desde muy pronto se interpretó mal a san Pablo, ya fuese por algunos judeo-cristianos, ya fuese por grupos gnósticos. M. G. Mara hace un estudio de Pablo y su epistolario en la comunidad antioquina de los dos primeros siglos (pp. 187-200), y destaca el papel central que jugó san Ignacio de Antioquía cara la promoción de la memoria y la enseñanza del Apóstol, algo parecido a lo que, por diversas razones, tuvo que hacer de nuevo Teófilo de Antioquía a finales del mismo siglo segundo. En los últimos trabajos, F. Cocchini expone algunos aspectos del paulinismo origeniano (pp. 201-216), Y. Redalié habla del redescubrimiento de Pablo en las tradiciones de las iglesias reformadas (pp. 217-234), y J.-N. Aletti aborda algunas cuestiones metodológicas en torno al estudio de Pablo como teólogo y exegeta (pp. 235-252).

El volumen trata una amplia gama de temas y de una forma actualizada. Está bien editado y es de fácil lectura. Puede ser especialmente útil tanto para docentes de las diversas áreas de la teología como para estudiantes interesados en profundizar en cuestiones de Historia Antigua y de Sagrada Escritura.

Juan Luis CABALLERO

---

José Luis BARRIOCANAL, *La imagen de un Dios violento*, Burgos: Monte Carmelo, 2010, 334 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-8353-280-5.

La violencia presente en la Biblia, y atribuida a Dios mismo como su actor directo o indirecto, ha supuesto tal dificultad catequética y litúrgica que, con fre-

cuencia, los textos más chocantes son obviados en la selección de los leccionarios y libros de oración, y los pasajes más difíciles, sorprendentemente, son de los menos

dotados de notas exegéticas que iluminen la inteligencia de los creyentes. El autor de este libro, profesor en la Facultad de Teología de Burgos y Director del *Diccionario del Profetismo* de esta misma editorial, presta un gran servicio a la enseñanza y la catequesis bíblica con el libro que ahora comentamos. El punto de partida ha sido para él también la dificultad de superar el escándalo de lectores de la Biblia y el deseo de penetrar en el sentido de esos textos escriturísticos, tan necesitados de auxilios interpretativos para lectores no especialistas.

El origen del libro es una comunicación presentada durante las XXI Jornadas de la Asociación Bíblica Española y la lección inaugural del curso 2009-2010 en la Facultad de Teología de Burgos.

La obra, muy bien estructurada, estudia la imagen de Yahvé como guerrero, el celo divino, la ira y misericordia, la venganza y el amor. Centrales son los capítulos dedicados a la violencia y la Alianza y a la imagen de Dios como rey y juez. La conclusión, muy bien elaborada resuelve la ambigüedad del capítulo inicial con la superación del Dios bifronte. También el lenguaje de la violencia está al servicio de la verdadera imagen de Dios y devuelve la autoría de la violencia a su verdadero protagonista humano, a la vez que redimensiona lo que tiene de idealización, de proyección de los deseos no atendidos y de impotencia humana de un pueblo llamado a no confiar en los carros y caballos, ni en las alianzas con los poderosos violentos.

Pero, efectivamente, la comprensión plena de la enseñanza de la Biblia no se alcanzará hasta el Nuevo Testamento, hasta la revelación que Benedicto XVI sintetizó ya en la homilía inaugural de su Pontificado: «No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces deseáramos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara al mal y creara

un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos su paciencia. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres».

Porque la lectura del Antiguo Testamento se hace, como se advierte desde el principio, según la correcta metodología de comprenderlo desde su plenitud en el Nuevo. Pero sin descuidar la atención a los propios textos, se recurre a los géneros literarios, al empleo de un lenguaje mitológico tomado en préstamo de los pueblos vecinos, a la elaboración progresiva de los textos y las relecturas posteriores con sentido didáctico. Todo ello al servicio de la enseñanza teológica y, derivadamente, antropológica y ética, que es su objeto propio, y no la información histórica. En un tema al que el autor recurre abundantemente –la literatura mitológica– no se hace más que una cita a pie de página a la investigación de René Girard sobre la Biblia como desvelamiento de la verdad de los mitos; la cita se refiere sólo a la postura sobre el sacrificio que tardó en madurar en el autor francoamericano. Y, sin embargo, habría sido globalmente muy útil para no dejarse prender en exceso por los préstamos culturales ambientales.

Si no podemos decir que sea una obra definitiva, sí en cambio podemos afirmar que es una notable contribución aclaratoria. Y que ofrece referencias bibliográficas que van siendo ya más abundantes. Y es de esperar que, de las monografías, pasen estas pautas de interpretación a las introducciones y notas de las ediciones corrientes de la Sagrada Escritura.

Enrique PARADA